

PROTEGER LA VIDA
Ante sucesos policiales en Punte Alto

Agosto de 1970

*Dos jóvenes estudiantes perdieron la vida en Puente Alto.
El Cardenal habló al pueblo de Santiago por el Canal 13 de TV.*

Hay muchas cosas que los discípulos de Jesús quisiéramos hacer, como las hizo el Maestro, y no podemos.

No podemos, como Él, multiplicar el pan; aunque el hambre de los pobres nos angustie y nos acuse.

No podemos, como Él, acallar una tormenta, mandar sobre las fuerzas de la naturaleza, impedir los terremotos que destruyen y matan a tantos de nuestros hermanos.

No podemos, sobre todo, resucitar a los muertos. Devolver, como tantas veces lo hizo Él, a un joven a la vida y sembrar de nuevo la alegría en el corazón y en el rostro de sus padres.

Por eso vivimos horas de tristeza. La Ley de Cristo es que llevemos unos las cargas de los otros; y ninguna carga es tan difícil de llevar como la muerte de un hijo. Nuestras manos quisieran tomar algo de esa carga, y se levantan ahora para orar y para exhortar.

Oramos por los que lloran: el Dios y Padre de toda consolación haga brillar en ellos la esperanza del reencuentro.

Oramos por los jóvenes que se han ido: el Señor, Justo Juez, sacie con abundancia sus generosos anhelos de justicia.

Oramos por los jóvenes que los despidieron: que su energía solidaria se movilice sólo para construir.

Si no podemos resucitar a los muertos, podemos y debemos orar, hablar y exhortar para proteger la vida. Exhortar a los padres, a los educadores, a los líderes y orientadores de juventud, para que, responsablemente, custodien el depósito sagrado que es la vida de un joven.

La alegría de engendrar es un preludio de la alegría de nacer; y la alegría de nacer invita a la alegría de educar. Ser padre, ser madre, ser maestro, es un compromiso de servir y amar hasta el fin la vida que uno alentó, sin otro premio ni satisfacción que la alegría misma de servir y amar desinteresadamente.

Los sucesos que estamos lamentando pueden querer decirnos eso: que cuidemos mejor el don de nuestros hijos; que cumplamos mejor la tarea sagrada de educar; que no busquemos otra alegría más pura y más intensa que la de vivir y morir para que nuestros jóvenes tengan la verdadera vida.

Esa vida está hoy amenazada. El alma juvenil, por su naturaleza sensible a ideales absolutos, es vulnerable a la pasión violentista. Nunca faltan quienes se aprovechan de ello y arrastran a los jóvenes a empeñar su talento y su sed de justicia en maniobras de destrucción estéril. Si triste es que muera un inocente, mucho más triste es que se conspire así contra el alma de nuestra juventud. No podemos permitir ese crimen.

Y no sólo es el alma juvenil; es el alma nacional la que se ve amenazada. Grupos minoritarios pretenden imponerle a la inmensa mayoría de los chilenos un clima ficticio de hostilidad y atropello a las personas, de desconfianza mutua y hasta de terror. Aceptarlo significa destruir las bases mismas de nuestra convivencia ciudadana. Y que nadie piense en beneficiarse con esa destrucción, porque la violencia termina siempre volviéndose contra los que la usaron para destruir a los otros.

No basta, sin embargo, con repudiar. Tenemos que crear. El alma de Chile debe ser recreada constantemente por nosotros. Y en definitiva es eso lo que nuestros jóvenes nos exigen y urgen; crear un mundo habitable para el hombre. Nadie educa mejor a su hijo que el que vive delante de una vida marcada por la justicia, dándole a cada uno lo suyo, reconociéndole a cada cual su derecho a discrepar, alternando con amigos y adversarios, en un clima de respeto y serenidad, rechazando como arma innoble la mentira, la verdad a medias, la imputación calumniosa y el insulto, sin tolerar nunca que una opinión política, legítima y respetable, quiera imponerse a costa del valor supremo, que es el respeto a toda persona y a toda vida humana.

Cuando nuestros jóvenes nos vean confiando y construyendo en la verdad y con la sola violencia del amor, se incorporarán gustosos a una sociedad cuyos cimientos no necesitan levantarse sobre ruinas, y cuyo progreso no exige, sino detesta, el precio de una sangre irresponsablemente derramada.

Los discípulos de Jesús no podemos resucitar a los muertos. Pero que nunca se diga que dejamos de orar y de exhortar, de rubricar con nuestra vida nuestra tarea sagrada de proteger la vida.

Agosto de 1970.